

la disputarán la actual temporada de baseball.
 Ojalá que el trofeo sirva de estímulo á los jugadores; sobre todo, á la juventud que, educada ya conforme á los modernos sistemas pedagógicos, comienza á interesarse por los ejercicios deportivos.



UN EGOISTA

Había en él, cuanto es necesario para ser el azote de su familia.

Sin embargo, nació sano y rico. Durante todo el curso de su vida, continuó siendo rico y sano, por lo cual no cometió ningún acto vituperable. No se dejó arrastrar á ninguna falta de palabra ni de obra.

Era exquisitamente honrado y orgulloso de su honradez, aplastaba con ella á todo el mundo, parientes, amigos y conocidos. La honradez era un capital del que sacaba intereses usurarios.

La honradez le daba derecho á ser implacable y no hacía el bien, porque el bien meramente prescripto no es el bien.

Nunca se había ocupado más que de su propia persona, tan perfecta y ejemplar; y se indignaba muy sinceramente cuando las demás personas no se tomaban por él igual cuidado.

Por supuesto, no creía ser egoísta, vituperaba y escarneaba por encima de todo el egoísmo y los egoístas. Se comprende: ¡el egotismo ajeno molestaba al suyo!

No creyendo tener la más pequeña debilidad, no comprendía ni perdonaba ninguna debilidad en los otros. En general, no comprendía nada ni á nadie, pues por todas partes, por arriba y por abajo, por delante y por detrás, estaba rodeado por su propia persona.

Ni siquiera comprendía lo que significaba perdonar: no habiendo nunca tenido nada que perdonarse á sí mismo, ¿por qué diablos iba á ponerse á perdonar á los demás?

Ante el juicio de su propia conciencia, á la faz de su propio Dios, él, esa maravilla, ese fenómeno de virtud, poníase la mano en el pecho, alzaba al cielo los ojos y con voz clara y firme decía:

—Si, soy un hombre digno de toda clase de respetos: soy un hombre moral.

Y repetirá estas palabras en su lecho mortuario; y aún entonces, nada temblará en ese corazón sin manchas ni grietas.

¡Oh! fealdad de la virtud satisfecha de sí misma, inflexible, adquirida á bien poca costa; eres casi tan repulsiva como la franca fealdad del vicio!

IVAN TURGUENEF.



LO INVISIBLE

I

Amo al ser racional, al ave, al bruto
 Y á los árboles todos. Mi abolengo
 Virgilio lo ha cantado; y me entretengo
 En revivir y sazonar el fruto.

Doquiera mi poder es absoluto,
 Del labrador la bendición obtengo,
 Y, como germen soy fecundo, tengo
 Con que rendir á todos mi tributo.

La tierra estéril, á mi influjo siente
 Que tiemblan como el feto en las entrañas:
 El átomo, el insecto y la simiente.

Y en forma de moléculas extrañas,
 Vida le infundo con mi soplo ardiente
 Al mineral oculto en las montañas.

II

Soy color en la piedra, en el torrente
 Bronco rumor, aroma en la violeta;
 Imagen en los sueños del poeta
 Y microbio en el agua transparente.

Soy un venero inagotable, fuente
 De animación, y en ráfaga secreta
 Se verifica mi labor completa
 En todo cuanto existe y cuanto siente.

Todo alienta por mí, de raro modo:
 Desde el hombre hasta el átomo sensible,
 Que reside en los aires ó en el lodo.

Y, siendo como el oro, incorruptible,
 Me agito y prevalezco sobre todo
 Y soy como el espíritu: invisible.

JUAN DUZÁN.

